

RESEÑAS DE LIBROS

A. Marcus, *The Middle East on the Eye of Modernity*, Nueva York, Columbia University Press, 1990, 418 pp.

RESULTA ESCLARECEDOR QUE EN EL PREFACIO de un libro se indiquen los alcances del mismo. En este caso esos alcances se cumplen plenamente, al menos en lo que se refiere a la intención manifiesta de ofrecer una introducción a los aspectos muy complejos de la sociedad y la cultura urbanas en el “preámbulo” de la modernidad (siglo XVIII) —época que tanto cambió los mundos oriental y occidental, precisamente a través de la expansión de la cultura de las ciudades.

Como señala el autor, su libro representa un esfuerzo —exitoso, diría yo— para enfrentar sistemáticamente un conjunto importante de cuestiones “inadecuadamente exploradas hasta ahora” de la historia premoderna del Medio Oriente, a base de reconstruir la vida urbana de Aleppo, en sus múltiples e interesantes facetas.

Desde mi punto de vista —como geógrafo y urbanista— Marcus logra lo que algunos de nosotros hacemos con dificultad, aun teniendo al alcance de la mano el ámbito de estudio así como la información pertinente. En efecto, él presenta un análisis muy integrado de una ciudad secundaria premoderna, de su geografía (cap. 1), demografía (cap. 2), política (cap. 3), economía (caps. 4-5) y, en general, de la vida y dinámica urbanas en las que se entrecruzan la cultura popular, las expectativas de los distintos grupos sociales, las experiencias públicas y privadas de su población, las enfermedades de sus habitantes y, en particular, sus movimientos y comportamiento en el ámbito complejo del espacio citadino (caps. 6-9).

Por su estructura, el libro va más allá de lo que anuncia el autor, pues ofrece elementos para abordar sistemáticamente el análisis urbano y la historia de las ciudades de manera más clara y amena que algunos textos clásicos conocidos por los urbanistas (Weber, Sjoberg, Pirenne, Mumford, etc.). Un aspecto que no debe pasar desapercibido para el urbanista es la atención que el autor presta a una ciudad que no era la más grande ni la más importante de la región. De esa manera abre una puerta al estudio de estas ciudades intermedias —que tanto interés han despertado últimamente en lo

que respecta a sus relaciones con la región circundante o el “resto del mundo” — que por lo regular se pierden o son objeto de generalizaciones, muchas veces sin fundamento, cuando se estudia la ciudad capital o la más grande.

Una virtud del libro es la preocupación de su autor por los aspectos metodológicos en el abordaje de su objeto de estudio. En este sentido, me parece que el cuidado de Marcus por evitar definiciones con pretensión explicativa no sólo es un punto a su favor sino un aspecto necesario ante lo delicado que resulta el estudio científico del mundo islámico. Otra virtud más es el manejo enriquecedor de la información y de los datos existentes o disponibles sobre diversos aspectos de la vida cotidiana, la economía, la vida familiar y social así como el funcionamiento de la ciudad propiamente dicha. Finalmente, es encomiable su intento de generalizar a partir de la reconstrucción sistemática de un evento espacio-temporal que, como dice el autor, ya desapareció y que es, por tanto, desconocido en primera instancia. En cierta forma esto recuerda las propuestas metodológicas de Stinchcombe en su *Metodología para la historia social*.

Desde el punto de vista de la geografía tradicional se debe estudiar la relación entre el lugar y el grupo humano que lo ocupa. Esto representa para el geógrafo analítico un conjunto de vectores (verticales y horizontales) en un sistema geográfico de información. Así, el vector *lugar* incorpora una cantidad de atributos que lo distinguen de otros. El vector *atributo* muestra, por su parte, diferencias espaciales en su distribución. Todo esto lo consigue Marcus en forma acertada y exitosa. En pocas palabras, si bien se trata de una monografía en la que se describe con virtuosismo la “unicidad” del evento histórico sobre la base de aquellos rasgos distintivos y únicos de Aleppo, a través de la lectura nos damos cuenta también de las enormes diferencias y de la heterogeneidad que existen dentro de la propia ciudad. Las variables o atributos adquieren así una nueva dimensión y forman parte de un todo. Nos ofrecen y exigen conocimiento teórico y, por tanto, las particularidades adquieren un sentido más genérico que va más allá del mero caso de estudio. Considero que esto es un logro del autor.

Finalmente, el libro incluye un anexo en el que se hace un cálculo del número de habitantes de la ciudad durante el siglo XVIII; un mapa de precios del suelo que me parece muy valioso como base de referencia de la estructura de la ciudad, y también un glosario de términos árabes, no muy extenso pero de ayuda al lector. En la bibliografía, amplia y especializada, faltan para mi gusto las referencias a algunos textos teóricos urbanos (sobre cultura, eco-

nomía, geografía) o de historia de las ciudades que dieran idea de cuáles son las fuentes del autor en esas disciplinas.

En fin, creo que vale la pena leer el libro y tenerlo como referencia en el estudio del mundo islámico, pero también de la ciudad.

BORIS GRAIZBORD

N.G. Barrier y V.A. Dusenbery (comps.), *The Sikh Diaspora, Migration and the Experience beyond Punjab*, Columbia, South Asia Publications, 1989: x + 352 pp.

EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS las fronteras del mundo industrializado han ido cambiando lenta pero significativamente al ritmo de las nuevas migraciones internacionales masivas y de las oleadas de refugiados, y en la medida en que adquieren más voz identidades hasta ahora subordinadas dentro del marco de los estados modernos. Uno de los esfuerzos de los estudiosos de algunas de las sociedades centrales por comprender esta Otredad dentro de sus sociedades ha sido el surgimiento reciente (fines de 1986-1987) de los Estudios de la Diáspora. Con poco cuestionamiento, un viejo término: *diáspora*, ha ido ganando legitimidad en las ciencias sociales (y ha atraído financiamientos para la investigación), con el fin de dar bases a desarrollos teóricos. Esta intención teórica se enfrenta, sin embargo, a serios problemas de conceptualización y de aplicación para el análisis de realidades concretas. El volumen que se reseña examina uno de los "objetos" en el nuevo campo de estudios de la diáspora: la diáspora sikh. Producto de las discusiones llevadas a cabo en el curso de la Conferencia sobre la Diáspora Sikh en la Universidad de Michigan (Ann Arbor) a fines de 1986, esta colección de ensayos sobre diversos aspectos de las migraciones de los sikhs a los Estados Unidos, Canadá e Inglaterra, reúne el trabajo de un grupo de antropólogos e historiadores conocidos en el campo de los Estudios Sikhs. Los compiladores han logrado presentar los trabajos (inicialmente ponencias) en un volumen coherente, labor apoyada por la Introducción a cargo de V.A. Dusenbery.

Dos temas se entretajan en los ensayos: uno relacionado con la dinámica étnica, y el otro con la naturaleza de las migraciones internacionales, en contextos sociales e históricos específicos. Dado que el volumen se compone de doce ensayos, aquí sólo comentaremos las principales líneas de discusión que propone. La meta de los au-

tores ha sido examinar los diferentes periodos de migración sikh, las experiencias de los migrantes, los cambios en sus relaciones con su lugar de origen y con la sociedad receptora, y el impacto que ha tenido la experiencia migratoria en las instituciones sikhs. Los autores se concentraron en observar “el juego entre los patrones de comportamiento y los valores culturales que motivaron la emigración sikh, por un lado, y [. . .], por el otro, la realidad estructural de vivir en sociedades más allá de Punjab [. . .]”.

El material se organizó en tres secciones centradas, respectivamente, en los contextos históricos en que las migraciones tuvieron lugar, en estudios de caso y en los efectos sobre la comunidad sikh de los últimos acontecimientos en India y el mundo. En la primera sección, W.H. McLeod señala puntos importantes a desarrollar en estos estudios: las causas y la naturaleza de las migraciones de los sikhs y el pasado social de los migrantes. En la misma sección, N. Gerald Barrier discute el problema de la reformulación de la identidad sikh, considerando a esta comunidad “una minoría permanente tanto en su tierra como en el contexto de adopción” (p. 81). En este sentido, sería interesante que se compararan los procesos endógenos de reformulación de la identidad colectiva con aquellos de construcción exógena, procesos que no son, como los califica Barrier, “de mantenimiento de la identidad” (p. 51. Barrier cita el caso de la construcción que hicieron los británicos de una identidad sikh en India colonial para fines militares). El siguiente ensayo, de Dusenbery, presenta un caso de construcción del sikhismo para uso de los occidentales: la Hermandad Sikh Dharma en Norteamérica. Este fenómeno de conversión de norteamericanos al sikhismo, que en realidad no forma parte de la “diáspora”, debería verse como un proceso en el que un sector de la sociedad dominante se apropia de la cultura de una “minoría”, asumiendo además una posición de autoridad frente a la comunidad que detenta esta cultura, usando para ello el lenguaje religioso. Es alentador que Dusenbery comente —aunque sea de manera breve en el texto y en una nota (p. 109 y nota 18)— acerca de la naturaleza de las representaciones occidentales de las sociedades no occidentales. En estas tres contribuciones se observa la preocupación de los autores por el estado actual de los Estudios Sikhs y por el tipo y la disponibilidad de fuentes adecuadas, preocupación que explica por qué se incluye como último capítulo el artículo de N. Gerald Barrier acerca de la literatura existente sobre las migraciones sikhs.

La segunda sección nos presenta estudios de caso localizados en Estados Unidos, Canadá e Inglaterra. Como comentario general, con fines comparativos y para probar lo adecuado o no de la noción

de diáspora, sería interesante considerar en el futuro casos en sociedades no centrales y que no pertenezcan al circuito anglo. En esta sección resalta el ensayo de N. Buchignani y D. Indra. Las autoras examinan críticamente el desarrollo de la perspectiva racialista bajo la influencia británica, proponen nuevas áreas de investigación en el campo de los Estudios Sikhs, particularmente en el terreno de la historia social, enfatizan la necesidad de realizar estudios comparativos que vayan más allá de los estudios de caso micro y lleven a discusiones teóricas, y consideran los efectos de las ideologías dominantes. Junto con R. Ballard, Buchignani e Indra son los únicos autores en este volumen que toman en consideración el factor clase (aunque como sinónimo de ocupación) en sus análisis. Por otro lado, a pesar de que Buchignani e Indra están conscientes de cuáles son los orígenes de la perspectiva racialista (pp. 141-148), continúan usando el enfoque de "relaciones raciales" (mezclado con la etnicidad), aún vigente en los círculos académicos ingleses y norteamericanos. La influencia del enfoque de "relaciones raciales" lleva a otro de los autores, K. Leonard, a usar supuestas categorías raciales (biológicas) para aludir a identidades étnicas (pp. 122-123). Leonard continúa reproduciendo estas catalogaciones, ya comentadas por la autora de esta reseña en ocasión anterior en esta misma revista. Quizás sea necesario volver a enfatizar que mientras que el racismo y los constructos raciales existen y deben estudiarse como fenómenos sociales, no es aceptable, que el análisis sociológico se base en la categoría construida de raza biológica, categoría que por otra parte las ciencias sociales abandonaron hace tiempo.

Igualmente estimulante es el ensayo de R. Ballard sobre los sikhs en Inglaterra. El autor presenta un buen análisis de los procesos de diferenciación de clase y género, y de los desarrollos políticos en la comunidad sikh. El suyo es un enfoque más dinámico de los procesos de reformulación de la identidad entre los sikhs en el exterior que toma en cuenta las discontinuidades que surgen de distintas experiencias y contextos (su "unidad y desunión"). A diferencia de los otros colaboradores, Ballard menciona el fracaso del proyecto dominante de asimilación cultural y, al mismo tiempo, la fuerza de la "reinención [de sus tradiciones]" por parte de los inmigrantes sikhs (p. 229).

Varias cuestiones teóricas se plantean luego de una lectura de este volumen, específicamente en conexión con el estudio de las migraciones internacionales y de la etnicidad, campos estos que parecerían conjugarse en los Estudios de la Diáspora, aunque sus proponentes no lo acepten directamente y parecieran querer ignorar los desarrollos teóricos que se han dado en esos campos. En general,

los autores de este volumen se adhieren a la teoría de los “push and pull factors” para explicar las migraciones internacionales. Dicho enfoque ya ha sido en gran medida abandonado, pues ignora los procesos económicos y políticos globales que generan estas migraciones. Es significativo que en el caso de las migraciones sikhs iniciales, los puntos de origen y destino correspondieran a zonas bajo control o influencia británicas, y que éstas estuvieran moldeadas por las necesidades de la economía colonial. Los autores tienden a ver las migraciones sikhs como producto de la libre elección y de la “naturaleza aventurera” de los sikhs, considerados como “trata-mundos”. De manera más adecuada estas migraciones pueden verse como procesos de expulsión y extracción de mano de obra y parte del sistema económico internacional.

Otra constante en este volumen es que los análisis se enmarcan dentro de la teoría de la sociedad plural, en la que se privilegia a los factores “raza” y étnico y se omite considerar el factor clase. Dentro del mismo enfoque se sitúan las nociones de “competencia”, “libre elección” y “adaptación” que utilizan los autores en sus análisis, nociones que oscurecen la naturaleza desigual de los contextos en que viven los inmigrantes y sus descendientes. Un último punto a señalar es la forma en que los diferentes autores conceptualizan en el texto la identidad histórico-cultural (etnicidad): como sinónimo de “raza”, de país de origen o de constructos hechos por la sociedad dominante (Leonard); como reducida a una identidad religiosa; como carente de profundidad histórica o con muy poca (Chadney, Dusenbery), o como definida por signos externos, particularmente comportamiento (Buchignani e Indra).

Por último, este libro plantea aspectos que tienen una relevancia directa para el futuro de los Estudios de la Diáspora en general. Si bien existe la intención de lograr desarrollos teóricos en este nuevo campo, el primer problema que se plantea es que el término “diáspora” todavía no se ha conceptualizado ni definido claramente, y tampoco se le ha otorgado contenidos cualitativos. Por el momento sigue siendo sólo un término de moda. En segundo lugar, y respecto de la posible aplicación universal de los Estudios de la Diáspora, la percepción de fenómenos étnicos y de migración internacional en términos de “diásporas” parece derivarse de preocupaciones específicas (intelectuales y prácticas) propias de las sociedades centrales de inmigración. Los Estudios de la Diáspora no serán necesariamente adecuados para estudiar estos fenómenos en otros contextos, por ejemplo, en nuestras sociedades.

Como comentario a un detalle, sugerimos que no se use el nombre “América” cuando se hace referencia a los Estados Unidos

(como lo hace LaBrack), y que no se califique al Movimiento Ghardar de "conspiración" (Helweg, p. 330), calificativo derivado del vocabulario policial y militar.

Este volumen será sin duda de interés para aquellos interesados en la situación de las comunidades asiáticas en el exterior y en particular de la comunidad sikh, en el contexto del estudio de las relaciones étnicas, de las migraciones internacionales y de la dinámica del pensamiento y práctica religiosos.

SUSANA B.C. DEVALLE

Indira Viswanathan Peterson, *Poems to Shiva, The Hymns of the Tamil Saints*, New Jersey, Princeton University Press, 1989, 382 pp. (Ilustraciones.) (Princeton Library of Asian Translations.)

LA RECOPIACIÓN DE LOS HIMNOS del *Tevaram*, fuente principal del shivaísmo tamil, es el objeto de estudio de este libro. La investigación fue realizada por la autora en Tanjavur, Tiruvarur, Maturai, Tiruvaniyur, Tarumapuram, centros religiosos del Decán que están comprendidos entre los ríos Kaveri y Vaikai. Estos lugares de peregrinación están a su vez íntimamente ligados a las vidas de los santos poetas shaivas Tirunanacampantar o Campantar, Tirunavukkaracar o Appar o Cuntatamurti o Cuntarar, quienes vivieron entre los siglos VI y VIII d.C.

Los textos religiosos están escritos en tamil, una antigua lengua dravídica que se distingue de las de origen indo-ario. El tamil ha jugado un papel preponderante no sólo dentro del estado indio de Tamil Nadu, sino también como elemento de identificación entre los indios tameses que viven en el exterior.

La importancia del estudio del *Tevaram* y de su traducción al inglés radica en que permite entrar al mundo clásico de la civilización tamil, acercándonos a la sofisticada tradición de la poesía clásica del sur de la India. Esto, de una manera u otra, nos lleva a conocer el valor de la religión dentro de cada templo shivaíta y su microcosmos.

Aquí es necesario recordar que el culto devocional en torno a las figuras de Shiva y Visnú, que surgió en la región tamil entre los siglos V y IX d.C.,¹ al paso del tiempo coadyuvó a la formación de

¹ Para este tema, véase David N. Lorenzen, "Sivaísmo: heterodoxia y ortodo-

las sectas tamiles shaiva y vaishnava, consolidándose así los primeros cultos devocionales en torno a un dios personal. Bajo el patronazgo de los reyes pallavas y colas, especialmente bajo el gobierno de Cankam, se dio la difusión y práctica del shivaísmo tamil, al grado que el mapa político se identificaba con el sacro.

Como testimonio literario, los himnos del *Tevaram* son una muestra de la expresión literaria de la cultura popular y regional del área cultural tamil, que se caracterizó por tener una civilización clásica temprana con una religión y una literatura propias, distintas de la herencia indo-aria del sánscrito y del brahmanismo. Es curioso, sin embargo, que con el paso del tiempo la civilización dravídica de los tamiles se haya ido "sancritizando". Esta antología del *Tevaram* refleja la síntesis de los valores hinduístas brahmánicos con los de la civilización nativa tamil.

A través de los himnos del *Tevaram*, Indira Viswanathan Peterson hace, por una parte, un estudio sincrónico que nos permite conocer los poemas dentro de su momento histórico y penetrar en la historia del shivaísmo tamil y, por otra parte, nos acerca a conocer el gran valor simbólico que representa este texto en la práctica cotidiana de los shaivas tamiles.

Si bien doscientos años separan al poeta Cuntarar de Appar y Campantar, los tres son considerados como pioneros de la tradición religiosa tamil, aunque mencionen a los diversos santos que les antecedieron. Hacia el siglo XI los himnos de los tres santos-poetas fueron compilados en siete volúmenes que constituyen la tradición sagrada o *Tirumurai*.

El cuerpo total del *Tevaram* consiste de 796 himnos que fueron compuestos por los tres poetas principales. Los primeros 383 himnos compuestos por Campantar están comprendidos en los primeros tres libros del *Tirumurai*; de Appar hay 313 cánticos que abarcan los libros IV al VI, mientras que el séptimo libro contiene 100 himnos de Cuntarar.

A grandes rasgos se puede decir que cada himno está formado por estrofas de cuatro líneas que finalizan casi siempre con un verso en donde el autor incluye su nombre, evitando así el anonimato. En estos versos el autor habla de sí mismo, de la naturaleza de su canción y de los beneficios que se derivan de oírla. Por sus características propias los himnos forman parte del movimiento devocional

xia", en *Estudios de Asia y África* núm. 68, El Colegio de México, vol. XXI, abril-junio, 1986.

tamil, el cual se caracterizó más por su énfasis en la solidaridad comunal que por ser un movimiento de protesta social, como sucedió con el devocionalismo en el resto de la India.

Los himnos han sido musicalizados, de allí el interés que este libro puede despertar entre los etno-musicólogos deseosos de profundizar en los distintos modos musicales conocidos dentro de la música clásica tamil. Inicialmente los himnos se musicalizaron dentro de las veintitrés escalas de los ciento tres modos musicales conocidos y eran acompañados por un antiguo instrumento de cuerda llamado *yal*, que desafortunadamente ha desaparecido.

En la actualidad los himnos los entona un cantante profesional, llamado *otuvār*, que participa en los rituales y ceremonias especiales. Este cantante selecciona generalmente dos o más versos de un solo himno y les adapta una *raga*, o escala musical dentro del género carnático, a la que hace acompañar rítmicamente con el compás del *tala*, o tiempo, y los crótalos metálicos. El cantor tiene plena libertad de interpretación, al grado que puede entonar una sola estrofa durante diez o quince minutos.

Dentro de la temática recurrente en la obra de los tres santos-poetas tenemos, en primer lugar, la descripción física del dios Shiva y de sus actos míticos. Generalmente se le describe como Shiva-Nataraja o Shiva danzante, o como Bhiksatana o Shiva mendicante. Resulta interesante el hecho de que la iconografía shivaíta haya quedado plasmada en los bronce y en las esculturas en piedra que fueron realizadas bajo el reinado de colas y pallavas, pues fueron ellos quienes difundieron la práctica del shivaísmo tamil. En un segundo lugar, aparecen el amor y la adoración que estos santos-poetas sienten por Shiva. En tercer plano destaca la descripción del paisaje, pleno de belleza y abundancia que de inmediato nos traslada a las exuberantes riberas del río Kaveri. En los poemas clásicos el paisaje nos recuerda la relación existente entre el devoto, el santo, la comunidad de adoradores y el dios Shiva. Para describir esta relación el poeta utiliza palabras como *kurinci*, o monte, que sirve no sólo para expresar la relación entre los amantes sino también la ubicación del templo en las áreas montañosas, como en Annamalai, Kalatti, Jurralam, etc.; cuando hace referencia a la jungla, o *mullai*, describe la espera paciente de la amante o la domesticidad asociada a la época de las lluvias.

A través de los himnos del *Tevarām* penetramos en todos aquellos centros sagrados para el poeta-devoto, sean éstos los templos, las imágenes o el paisaje mismo. De hecho, el valor de la obra de Indira Viswanathan Peterson radica en que nos permite acercarnos a una antología rica en poemas, en iconografía, en las tradicio-

ncs religiosas populares, y además identifica al *Tevaram* como un agente aglutinador en el contexto étnico-nacional.

Cuatro apéndices, una extensa bibliografía y un glosario cierran el libro. El tercer apéndice describe varios de los mitos puránicos en torno a la figura de Shiva.

En términos generales, el libro de Indira Viswanathan Peterson puede resultar de valía a aquellos interesados en el estudio del hinduismo en el sur de la India y a los que deseen profundizar en las distintas manifestaciones culturales de un área específica del Decán.

ISABEL A. DUQUE-SABERI

Edward O. Henry, *Chant the Names of God: Musical Culture in Bhojpuri-speaking India*, San Diego, San Diego State University Press, 1988, 318 pp.

ESTE LIBRO QUIZÁS SEA el mejor estudio sobre la música folklórica de la India que se haya publicado hasta ahora en una lengua europea. Representa para esta música lo que el libro de Nazir Jairazbhoy —*The Rags of North Indian Music*— representa para la música clásica de la India. Sin embargo, mientras Jairazbhoy es principalmente músico, Henry es tanto músico como antropólogo. El mismo Henry describe su disciplina académica como “la etnomusicología antropológica”.

En su discusión introductoria sobre el enfoque teórico de su estudio, Henry plantea que sus ideas sobre la cultura musical se basan en los trabajos de Anthony F. C. Wallace y de Bronislaw Malinowsky. A partir de los respectivos conceptos de dichos autores de “instituciones de culto” e “instituciones básicas”, Henry elabora la idea de las “instituciones musicales”, cada una de las cuales se divide en una variedad de géneros musicales. Aunque Henry prefiera generalmente un enfoque funcionalista, reconoce el fracaso de muchos funcionalistas en explicar la historia y el cambio cultural y critica su tendencia a sustentar que todas las instituciones culturales y las costumbres sociales son como son por razones estrictamente funcionales. Henry sostiene que la diversidad de los componentes de cualquier institución musical dada no debería concebirse como un “sistema” altamente integrado sino como un “agregado accidental” creado por la historia, aun cuando esta historia rara vez haya sido registrada.

Henry sigue teniendo algún escepticismo respecto de los intentos “de explicar las características estilísticas de la música en térmi-

nos de la influencia de estructuras sociales o ideológicas que son extramusicales” (p. 10). No obstante él no puede esquivar la pregunta sobre por qué la música tiene “estilos diferentes en sociedades diferentes”. Su respuesta es que estas diferencias dimanar principalmente de “los aspectos extramusicales de una cultura” y de su historia. Para él estas fuentes de la variación estilística deberían analizarse en términos funcionalistas, pero sin ninguna insistencia en que las diferencias son “indispensables”.

Henry divide la cultura musical de la región bhojpuri que estudió —situada aproximadamente al oeste del estado de Bihar y al este del estado de Uttar Pradesh— en dos categorías básicas: la música participatoria y la música no-participatoria, cada una de las cuales se distingue de la otra de varias maneras importantes. Asimismo, identifica otra distinción importante, la que existe entre la música participatoria de los hombres y la de las mujeres. De acuerdo con estas divisiones, el libro ofrece varios capítulos sobre la música participatoria —el canto de las mujeres (de bodas, de hijos varones, lamentos y otros géneros) y el canto en grupo de los hombres— seguidos por capítulos sobre la música no-participatoria de los “especialistas no pagados y mendicantes” y sobre la “música de entretenimiento y de procesiones” pagada. Cada uno de estos capítulos contiene una densa descripción de los diferentes géneros musicales con la información pertinente sobre los músicos y el escenario social de sus actuaciones, además de buenas traducciones de la letra de muchas canciones y un análisis de la música en sí.

El capítulo sobre los problemas del trabajo de campo hace hincapié en la necesidad de que se realicen investigaciones de larga duración en una sola localidad, para entender así los contextos sociológicos e ideológicos de las letras de las canciones y de las actuaciones de los músicos. El libro tiene dos apéndices que contienen la transliteración en hindi y bhojpuri de las 110 canciones que están traducidas en la parte principal del libro y una transcripción musical de una selección representativa de estas canciones.

La discusión más fascinante del libro, por lo menos para mí, es sobre los músicos especialistas que cantan los *nirgun bhajans*: canciones religiosas dedicadas a un Dios impersonal y generalmente atribuidas a Kabir [véase la colección de canciones en este mismo número de la revista]. Henry descubrió que en la región bhojpuri los principales cantantes de estas canciones son mendicantes musulmanes pertenecientes a la casta *jogui* en vez de ser mendicantes hindúes o monjes del Kabir Panth. Los mejores cantantes entre estos *jogui* se ponen una vestimenta parecida a la de los ascetas hindúes y a menudo también toman nombres y títulos hindúes. Los cantan-

tes andan de pueblo en pueblo interpretando estas canciones y tocando un tipo de "violín" indio llamado *sarangi*. Las letras de las canciones, aun si no son composiciones auténticas de Kabir, manifiestan una belleza poética y una inteligencia mordiente que las pone aparte de los otros géneros musicales de la región.

Una queja menor respecto a este libro es que parece haber varios errores en los signos diacríticos de las palabras en hindi y bhojpuri, sobre todo en las canciones transliteradas. El libro incluye una docena de páginas de buenas fotografías, pero su calidad de reproducción —como suele ocurrir en libros publicados por editoriales universitarias, a pesar de toda la tecnología moderna— deja algo que desear. También nos habría gustado la inclusión de un casete de música grabada. Estas objeciones aparte, no hay duda de que el estudio de Henry determinará la pauta a seguir en el futuro para los libros sobre música folklórica de la India.

DAVID N. LORENZEN

Alison Harley Black, *Man and Nature in the Philosophical Thought of Wang Fu-chih*, Seattle, University of Washington Press, 1989, 375 pp.

WANG FU-CHIH (WANG FUZHI, 1619-1692) nació en el seno de una familia de intelectuales durante los últimos años de gobierno de la dinastía Ming (1368-1644). Su primer grado lo recibió cuando Beijing cayó en manos de los manchú. Wang, quien apoyaba a la dinastía Ming, no aceptó la imposición de la dinastía extranjera y se rebeló contra ella. Cuando se percató de que todo esfuerzo era inútil, se aisló prácticamente del mundo hasta su muerte.

Wang Fuzhi escribió y compiló numerosos trabajos sobre los clásicos, historia, filosofía y literatura. Sin embargo, su aislamiento hizo que fuera poco conocido en su tiempo. Sus estudios no se publicaron sino dos siglos después de su muerte, cuando la difusión de los sentimientos antimanchú permitió que Wang adquiriera popularidad.

Alison Harley Black, sobre la base de una investigación acuciosa, analiza en este libro las ideas de Wang Fuzhi respecto del hombre y la naturaleza: qué características tiene el universo y qué lugar ocupa el hombre en él; cómo cambian, entran y salen las cosas de ese universo. Asimismo, el universo en sí es cuestionado: ¿existe por sí solo o es producto de la mente humana?

De acuerdo con Harley, la interpretación más común que se ha hecho de la filosofía de Wang Fuzhi señala que para él la naturaleza y el principio interno abstracto son producto de una sustancia material. Por ello muchos lo consideran un materialista; Harley Black se muestra contraria a esta aseveración. Para Wang el principio creativo se halla dentro del proceso de cambio mismo; la fuerza material o energía que se encuentra en todo lo que hay en el mundo contiene el potencial para desarrollar múltiples formas. El punto de vista de Wang sobre el hombre y la naturaleza es orgánico; en él, lo interno y lo externo están unidos en forma inseparable y el hombre es quien hace explícito lo que está implícito en la naturaleza.

En su análisis de la filosofía de Wang la autora muestra que existe un principio espiritual en el supuesto univetso materialista. El concepto de un universo expresivo se encuentra en el pensamiento tradicional chino acerca del hombre y de la naturaleza, así como los vínculos entre lo cósmico y lo poético. El concepto de universo expresivo es importante en la producción de diferentes ideas y creencias sobre la acción humana, y constituyó uno de los factores que dictaron la necesidad de la participación moral para llegar al conocimiento. Wang Fuzhi, señala Harley Black, a pesar de diferir en algunos aspectos del resto de filósofos de su época, sigue inmerso en la tradición filosófica china.

En general, el libro de Harley Black constituye un estudio serio y bien documentado que trata de adentrarse en el pensamiento de Wang Fuzhi, interpretándolo sin prejuicios y sin ponerle etiquetas, como han hecho otros que se han dedicado a la tarea de analizar su obra.

MARISELA CONNELLY

Roger Daniels, *Asian America. Chinese and Japanese in the United States since 1850*, Seattle, University of Washington Press, 1988, 384 pp.

ESTE LIBRO DE DANIELS ANALIZA la trayectoria seguida por las comunidades china y japonesa en Estados Unidos desde su llegada a ese país hasta la década de 1980. El intento es mostrar qué papel han desempeñado esas comunidades dentro de la historia de Estados Unidos.

Daniels plantea que la importancia de los asiáticos residentes en Norteamérica va más allá de su proporción numérica respecto del resto de la población y presenta el dato de que según el censo de

1980, había entonces 3.5 millones de asiáticos en Estados Unidos. Según el autor, en Pensilvania ya se veía la presencia de Chinos a partir de 1785, pero el incremento de su número se observaría en 1849, con la fiebre del oro en California, y empezaría a decrecer en 1882 con la promulgación del Acta de Exclusión de los chinos. Al igual que en otros países a los que emigraron los chinos, la gran mayoría de ellos eran hombres. Éstos pronto constituyeron una parte vital dentro de la fuerza de trabajo de California, siendo las minas y los ferrocarriles los sectores donde más trabajaron. Por ejemplo, para la construcción del ferrocarril Transcontinental del Pacífico Central se contrató a diez mil chinos.

Al paso del tiempo, los trabajadores norteamericanos, los políticos que dependían de sus votos y los periodistas empezaron la campaña en contra de los chinos. Esto propició que se dieran una serie de abusos y actos violentos en contra de los chinos y que se limitara en forma considerable su entrada al país. Sin embargo, la comunidad logró subsistir a pesar de la disminución de su número; desde los inicios de la década de 1880 hasta la década de 1920 los chinos pasaron de 125 000 a 60 000, y su número aumentó en 1940 a 80 000. Daniels señala también que debido a las condiciones de vida en los barrios chinos y al rechazo de la sociedad hacia los chinos, fue difícil que éstos se asimilaran. Además, los chinos nunca dejaron de pensar en su país ni en la posibilidad de regresar a él.

En relación con los japoneses, Daniels señala en su libro que éstos arribaron a Estados Unidos durante la década de 1880, principalmente a Hawaii, y que a lo largo de la década de 1890 se desarrollarían comunidades japonesas en la costa del Pacífico. En la primera década del siglo xx ya había 50 000 japoneses en Estados Unidos, los cuales pronto se desplazaron de las ciudades hacia el campo, dedicándose a la agricultura y al comercio.

Uno de los aspectos que contempla el libro es el de las diferencias existentes entre los chinos y los japoneses en cuanto a su inserción en Estados Unidos. Los chinos, por ejemplo, tardaron seis décadas para establecerse en el territorio de Estados Unidos mientras que los japoneses lo hicieron en dos décadas. Otra diferencia es que los japoneses llegaron más tarde y que el número de mujeres dentro de los grupos de migrantes era mayor que en el caso de los chinos. Además, el papel dominante que ejercían los viejos entre los japoneses no perduró tanto como sucedió con los chinos. Además, Daniels señala que la generación de japoneses nacida en Estados Unidos fue muy importante.

La segunda guerra mundial tuvo un gran impacto sobre las comunidades de chinos y japoneses de Norteamérica. Para la comuni-

dad japonesa significó la casi total destrucción mientras que la china, si bien se vio sacudida, logró mejorar su situación durante este periodo. El número de chinos creció al producirse un *baby boom* de cerca de 20 000 niños nacidos en la década de 1940. El desequilibrio entre la tasa de los sexos disminuyó: en 1940 había 285 hombres por cada cien mujeres; en 1950 había 190 hombres por cada cien mujeres. Los chinos tuvieron la oportunidad de conseguir mejores empleos y salirse de la economía de la comunidad hacia la economía de la sociedad entera. Para los japoneses éste fue un tiempo de persecución y de encierro en campos de concentración pues eran considerados enemigos. Sin embargo, después de la guerra fueron liberados y regresaron a la costa oeste.

Daniels señala que en la década de 1960 los chinos y los japoneses lograron algunos triunfos en su camino hacia la igualdad; sin embargo, esto no significó el fin de la discriminación. En las décadas de 1970 y 1980 se logró una transformación de la imagen de las comunidades china y japonesa. En ambas se desarrolló un sentido de lo que querían realizar dentro de la sociedad en la que vivían y algunos de sus miembros lograron escalar una posición económica sumamente importante.

La contribución más importante de la obra de Daniels es su intento por dejar a un lado los prejuicios racistas de los norteamericanos blancos y adentrarse en el estudio de estas dos comunidades asiáticas, observando de manera más objetiva su establecimiento y desarrollo en los Estados Unidos. Cualquier grupo étnico que llegaba a Norteamérica, dice Daniels, tenía sus propias características y lengua; eso hacía que buscara reunirse en torno a los núcleos de su nacionalidad, de manera que esa conducta no era rasgo particular de los chinos o de los japoneses.

Daniels realizó una buena investigación, en la que además hace una crítica de sus fuentes primarias y secundarias y logra trazar claramente la historia de las dos comunidades en cuestión, de los problemas a los que se enfrentaron, de los retos que se les presentaron y de su continua lucha por lograr integrarse a la sociedad norteamericana. Quizá hubiera sido interesante que Daniels realizara un estudio más detallado sobre la trayectoria de un determinado número de chinos y japoneses para poder observar en forma más concreta los avances sociales y los cambios de actividades que realizaron.

Este estudio debería constituir lectura obligatoria para todos aquellos que se dedican a estudiar el desarrollo de las comunidades asiáticas en diferentes países del mundo.

Pai Hsien-yung, *Crystal Boys*, Howard Goldblatt (trad.), San Francisco, Gay Sunshine Press, 1990, 330 pp.

LA NOVELA QUE AQUÍ RESEÑAMOS se compone de cuatro libros de dimensiones desiguales: *Banishment*, *In Our Kingdom*, *The Cozy Nest* y *Young Birds on the Wing*. Además se incluye una lista de los personajes principales que son más de treinta, y dos notas, una biográfica sobre el novelista y otra del traductor.

El título que el traductor y los editores norteamericanos escogieron para esta obra tiene importancia, ya que deriva del término chino *bouliquan*, denominación por la que se conoce a la comunidad *gay* de Taiwán. A través de la novela el lector sólo conocerá un sector mínimo de la sociedad, el sector *gay*, pues el resto del mundo, social y culturalmente más amplio, sólo aparece de manera circunstancial y gira alrededor de ese grupo reducido. La novela se centra en la administración de un bar, refugio para los muchachos del parque y oasis para los *gay* del “mundo externo” (p. 193).

Mezclado con otros elementos centrales para la trama, *Crystal Boys* es así el relato de un “reino” donde no existen días, lo que le da su cariz “ilegal”. Este reino se encuentra circunscrito a una pequeña área geográfica, el Parque Nuevo de la capital taiwanesa, y aun carece de leyes o gobierno —por lo que el narrador lo considera un reino “anárquico”—; en ocasiones hay un líder, en este caso Yang Jinhai o el jefe Yang. Rodeados por un mundo hostil del cual están aislados, para los personajes no es posible obtener la protección del reino (p. 17), aunque se creen lazos estrechos entre algunos de ellos, gracias a los cuales se brindan ayuda mutua y logran contar en momentos difíciles con el auxilio de Fu Chongshan, o papá Fu.

El narrador, encargado de llevar al lector en un recorrido por el “reino” para atisbar la vida de muchos de sus miembros, asegura que se desconoce su historia y de quienes lo fundaron; sin embargo, algunos con “pelo blanco” cuentan cosas (p. 18). Conforme nos adentramos en el mundo de los “muchachos de cristal”, nos vamos enterando de que en el “reino” alguien lleva cuenta de lo que acontece en el Parque Nuevo y lo registra a su manera, además de que sus conocimientos sirven como una especie de código sobre cómo deben actuar los novatos y a qué personas hay que buscar como amigos en el “reino”.

El abuelo Guo, jardinero del parque y dueño de un estudio fotográfico, es el individuo idóneo para realizar la triple tarea de transmitir claramente la historia del parque, servir de guía a los recién llegados y captar “pedazos” de esa historia. El abuelo Guo, quien asevera haber llegado a adquirir “buena reputación” como

fotógrafo, gozaba retratando personas “con espíritu y carácter” a las cuales encontraba sin dificultad en el parque y cuya historia conservaba en un álbum donde tenía decenas de fotografías de “muchachos de cristal”, cada una con un número, el año y el nombre del “modelo” (pp. 70-73).

Como alguien que ha convivido con muchos de los “muchachos de cristal”, que ha sido testigo de su comportamiento y forma de vida, el abuelo Guo señala que cuando los sentimientos de los “muchachos de cristal” entran en juego, en ese momento dejan de estar bien y empiezan los problemas. De hecho, algunos de los personajes ejercen la prostitución como medio para ganarse la vida y a través de esto anhelan encontrar a alguien que los saque de ese lugar —de preferencia que los lleve a Japón— y con quien puedan tener una relación afectiva estable. Esto casi invariablemente termina de manera desfavorable, cuando no trágica, para los involucrados.

El libro no es una historia en sentido formal, con un principio y un final feliz o una solución. Por el contrario, *Crystal Boys* intenta —a veces no con la suficiente fuerza— hablarnos de la vida tal como es para un grupo de seres sumidos en la cotidianidad y que buscan sobrevivir bajo circunstancias adversas y difícilmente superables. Esto puede apreciarse en *The Cozy Nest*, negocio que representa para los protagonistas una aventura empresarial para sostenerse materialmente y un escudo de protección frente a la sociedad represiva e intolerante. *Crystal Boys* no es una novela moralista o sentimental, ni un manual sociológico para entender la sociedad taiwanesa o a los homosexuales, aunque sin duda será de gran ayuda para el crítico literario o para el sociólogo.

La obra se desenvuelve a través de la narración de acontecimientos clave en la vida de los *crystal boys* y de los pensamientos del narrador Ai-ging. Obviamente, el libro cuenta con elementos que sirven de punto de partida, y que son sobre todo los puntos de ruptura del personaje principal con su entorno social y familiar. A la “voz” del libro la echan del hogar paterno y la expulsan de la escuela por haber sido encontrada realizando un “acto inmoral” (p. 13). Estos elementos de una manera u otra nos dan un primer perfil psicológico y sociológico de Ai-ging, así como una idea sobre su medio ambiente; además, nos brinda una pista sobre su devenir.

A grandes rasgos, todos los personajes comparten una serie de características comunes: la edad, una situación económica inestable, ser miembros de familias “desunidas”, la incapacidad o la imposibilidad de insertarse en el mercado de trabajo o en alguna institución educativa; en palabras de Wu Min, “Los nómadas buscan

un lugar con pasto y agua para acampar. A-ging, ¿nosotros qué buscamos?" (p. 126).

Crystal Boys puede tener muchas lecturas, tantas como los intereses de los diferentes lectores que se acerquen a sus páginas. Lo que me interesa resaltar es que se trata de una novela excelentemente traducida por Howard Goldblatt, que sin duda debe leerse, no obstante la reiteración de ciertos elementos que sin duda cansarán hasta al más obstinado. *Crystal Boys* es, en gran medida, la síntesis de una larga búsqueda de experimentación literaria por parte del autor.

FRANCISCO HARO